



IRAK

“Del problema kurdo al Kurdistán independiente”



La actualidad y las conmemoraciones históricas han coincidido en estos días en el caos de Oriente Medio. Se ha celebrado el centenario del comienzo de la Gran Guerra mientras asistimos al mismo tiempo al hundimiento de uno de los Estados “inventados” por las potencias coloniales de la época al final del conflicto. Hablamos de Irak. Cien años después ha resurgido naturalmente uno de los temas no resueltos en aquella época: “el problema kurdo”.

El desmembramiento del Imperio Otomano dejó sin estado al tercer pueblo más importante de Asia Occidental, tras los árabes y los turcos. El Tratado de Sèvres, firmado en 1920 por los vencedores de la Primera Guerra Mundial, reconocía el derecho a la autodeterminación de las nacionalidades del Imperio y autorizaba la creación de un Estado kurdo independiente en Anatolia. Sin embargo, la victoria en la guerra de independencia de Turquía de Mustafá Kemal Atatürk tuvo como consecuencia la no ratificación del acuerdo por los firmantes. Las potencias occidentales temieron que el nuevo Estado turco se aliase con la naciente y revolucionaria URSS, y pactaron un nuevo acuerdo, el Tratado de Lausana (1923), olvidándose del pueblo kurdo para satisfacer a Atatürk.

El resultado es que, hoy por hoy, los kurdos representan entre 25 y 30 millones de personas (no hay datos precisos), distribuidas en un territorio geográfico de unos 400.000 km² a caballo entre cuatro Estados. Se reparten básicamente entre Turquía (190.000 km², entre 15 y 20 millones), Irán (125.000 km², de 5 a 7 millones), Irak (65.000 km², de 5 a 7 millones) y Siria (12.000 km², entre 1 y 2 millones). También existen enclaves en Armenia y Azerbaiyán. Los kurdos son, en su gran mayoría, musulmanes de confesión sunita, con pequeñas minorías chiítas, yacidíes y cristianas. Para complicar aún más el problema, las zonas habitadas por los kurdos no son homogéneas en términos étnicos, sino que en ellas conviven minorías significativas de árabes, persas o turcos, y en zonas consideradas “no kurdas” están presentes importantes minorías kurdas. El nacionalismo kurdo ha aspirado históricamente a la creación de un Estado independiente. Pero para ello ha tenido y tiene que luchar contra las estructuras políticas y coercitivas de cuatro países que en las últimas

décadas no se han caracterizado precisamente por la democracia y el respeto de los derechos humanos.



En Turquía, el problema kurdo siempre ha tenido mucha virulencia. Entre la guerra de los años 30 contra los nacionalistas de Mustafá Kemal Atatürk, que intentaron borrar de la historia oficial la existencia misma del pueblo kurdo, y la guerra de guerrillas de los años 80 del Partido de los Trabajadores Kurdos (PKK, que se encuentra en la lista de grupos terroristas) contra el ejército turco, se han registrado en el país más de 100.000 muertos e innumerables destrucciones. Turquía tuvo que movilizar entre 1984 y 1999 hasta 200.000 soldados y 70.000 campesinos armados para luchar contra los 10.000 guerrilleros y 50.000 militantes activos del PKK. Con la detención del líder kurdo Abdulá Ocalan y la evolución democrática del Estado turco la situación se ha tranquilizado estos últimos años, instalándose en un proceso de larga y “tensa negociación” entre Tayyip Erdogan y el PKK, al tiempo que se han otorgado a los kurdos ciertos derechos “culturales” (basicamente relacionados con el uso de la lengua) y se han promovido las inversiones en la región. Las últimas medidas legislativas de Ankara, que “legalizan” la negociación con el PKK, podrían desembocar en una muy controlada y medida autonomía del Kurdistán turco. Pero en cualquier momento, y en particular a partir de las próximas elecciones presidenciales de agosto, una vez que Erdogan no necesite el apoyo de los votantes kurdos, el proceso puede cambiar. Los nacionalistas turcos, partidarios de un Estado fuerte y laico, presionan para que no se negocie con un movimiento “terrorista”. El proceso puede desembocar en cualquier momento en un nuevo estallido de violencia.

En Irán llegó a existir un efímero Estado kurdo en lo que hoy es la provincia de Azerbaiyán Occidental. El Shah de Persia, apoyado por Irak y Turquía, hizo que la experiencia durase apenas unos meses de 1946. Tras la Revolución Islámica, los ayatolás dejaron las cosas bien claras. El régimen se basa en la aceptación de los



dogmas chiítas y la sumisión al Guía Supremo, siendo los kurdos en gran mayoría sunitas. Conscientes pese a todo de no poder ignorar a la mayor minoría étnica del país, los gobiernos islamistas han tolerado en los últimos años la utilización de la lengua kurda y concedido cierta autonomía a algunas provincias kurdas. Con estas medidas parece que han conseguido neutralizar por el momento el sentimiento nacionalista.

Aunque resulte extraño decirlo, la guerra civil en Siria ha favorecido los intereses kurdos. En lo que parece un acuerdo no escrito, Bashar al-Assad y los kurdos sirios respetan un pacto de no agresión a la espera de la finalización del conflicto. En el pasado, la minoría kurda fue maltratada y perseguida por la familia Assad, que denegó la nacionalidad siria a gran parte de sus componentes. Pero la represión no fue ni mayor ni menor que la que soportaban otros miembros de la oposición. Actualmente los kurdos controlan su territorio, situado en el Norte y Noreste de Siria, alejando de su zona de influencia a los extremistas yihadistas. En una Siria totalmente descompuesta, los territorios kurdos dan la impresión de ser la única región donde reina una paz relativa. El Partido de la Unión Democrática (PYD), próximo al PKK turco, está a la espera de ver quién será el ganador del conflicto, dispuesto a negociar con el que sea una amplia autonomía.

Pero donde realmente la historia se precipita es en Irak. La población kurda sufrió innumerables tropelías por parte de Saddam Hussein antes y después de la primera intervención occidental (1991), causando el dictador millares de víctimas. El ejército de



Hussein llegó a utilizar armas químicas, gaseando pueblos kurdos enteros. Durante la segunda guerra del Golfo (2003), las milicias kurdas, los “peshmerga”, apoyaron a las fuerzas occidentales y lograron ganarse su respeto. A partir de ahí, en la nueva organización del Estado iraquí, se reconoció al Kurdistán como región autónoma, y, en la nueva

constitución, el presidente de la república debe ser kurdo. El territorio de la nueva Región Autónoma Kurda de Irak, presidida por Masud Barsani, se delimitó en su momento con una superficie de 1.000 Km² y unos 5 millones de habitantes (con capital en Erbil). Esta decisión no resultó satisfactoria para los kurdos, ya que según ellos dejaba fuera de su control amplias zonas kurdas y en particular Kirkuk, región productora de petróleo, que cuenta con enormes reservas de hidrocarburos.





La ofensiva durante estos últimos meses de las milicias yihadistas del Estado Islámico de Irak y Levante, ahora denominadas Estado Islámico, ha dado, como “efecto colateral”, la oportunidad al pueblo kurdo de cumplir su anhelado deseo de un Kurdistán independiente. A partir de principios del pasado junio, con la pérdida de la provincia de Nínive y su capital Mosul, el ejército iraquí no ha hecho ni ademán de defender el territorio, abandonando las armas y huyendo de las milicias islamistas radicales. Los “peshmerga” aprovecharon la situación, ocupando los territorios que históricamente reclamaban, incluyendo el control de la producción de petróleo de Kirkuk. Rápidamente, con el beneplácito de Turquía y de la comunidad internacional, han comenzado a comercializar el petróleo de manera independiente a través del terminal turco de Ceyhan. La reacción del primer ministro iraquí, Nuri al-Maliki, no se hizo esperar: ha cortado las aportaciones económicas a la Región Autónoma Kurda y dejado de pagar las nóminas de los funcionarios kurdos.

El conflicto entre Bagdad y Erbil no hace más que agravarse desde entonces. Las descalificaciones de Maliki se suceden, cuando no los incidentes armados, tales como los bombardeos de posiciones kurdas. En respuesta a todo ello, el presidente de la Región Autónoma, Masud Barsani, ha anunciado la organización en breve de un referéndum de autodeterminación, cuyo resultado positivo para los independentistas nadie pone en duda.

A menos que EE.UU. oponga su veto, el nacimiento del Kurdistán independiente es más que probable en los próximos meses.

El nuevo Estado tendrá que enfrentarse a numerosos retos, vitales para su existencia. En primer lugar, tiene que resolver el problema de su independencia económica.



Kurdistán controlará una gran parte de las reservas de petróleo de Irak y ya se anuncia una producción vendible de 500.000 barriles/día, suficiente para soportar los presupuestos del Estado. Pero no se puede esperar que Bagdad se quede de brazos cruzados, al verse desposeída de una gran parte de las reservas probadas del país. El Kurdistán es seguramente la región más próspera de Irak, pero importa el 80% de los bienes que consume y es la plataforma de distribución de los bienes importados por Irak. La independencia puede cerrar el mercado iraquí a las empresas kurdas.

En segundo lugar, la fuerte dependencia de Turquía para las exportaciones de petróleo y los flujos comerciales en general convierte al hipotético nuevo Estado en rehén de Estambul. Por el momento, cobrando un dólar por barril vendido, Ankara es cómplice de la situación. Pero, en cuanto Kurdistán se declare formalmente independiente, ¿cuál será la reacción de Tayyip Erdogan ante el nacimiento de un país que puede despertar mayores ambiciones en la población kurda turca?

En tercer lugar y para terminar, las luchas internas entre partidos kurdos iraquíes han sido en el pasado muy sangrientas. Actualmente, puestos ante lo que todos ellos consideran una oportunidad “histórica”, la unidad nacional es la regla. Sin embargo,



hay que tener en cuenta que la política, y la propia sociedad kurda, están fuertemente influenciadas por las lealtades tribales. El clan de los Talabani del UPK (Unión Patriótica del Kurdistán), próximos a Irán aunque relativamente más progresistas, y el clan de los Barzani del PDK (Partido Democrático del Kurdistán), cercanos a Turquía, se reparten el poder y el territorio. Pero no hay que olvidar que hay más

partidos y más etnias y religiones (árabes suníes y chiíes, cristianos), todos entremezclados en el puzzle kurdo. La gestión de los conflictos que inevitablemente van a surgir, dentro y fuera de su territorio, será el mayor reto que tendrá que superar la nueva nación kurda.

